

DOMINGO II CUARESMA, CICLO C

EL ASPECTO DE SU ROSTRO CAMBIÓ

Por Alfonso Martínez Sanz

Lecturas: Génesis 15, 5-12. 17-18; Filipenses 3, 17-4, 1; Lucas 9, 28b-36



1. Además de los días de ceniza, hemos vivido ya la primera semana de la cuaresma del Año de la Misericordia. Sin lugar a duda, el Señor ha estado llamando a la puerta de nuestro corazón, invitándonos a convertirnos en cosas o actitudes concretas. Nadie puede afirmar que no es pecador. Ojalá hayamos oído su voz y no hayamos desaprovechado su gracia echándola en saco roto. Ojalá estemos despertando del sueño de nuestra

tibieza y vayamos caminando hacia una conversión personal, que el Señor desea y está esperando, porque quiere inundándonos de su misericordia.

El Señor es mi luz y mi salvación, hemos rezado al recitar el salmo responsorial. Dios, que es la luz total y verdadera que ilumina a todo hombre, si nos acercamos al foco que es ÉL, nos iluminará para conocerle más y conocernos mejor, para penetrar en el contenido de las verdades reveladas y para actuar rectamente por el camino que conduce a la salvación eterna, en la que todo es claridad y felicidad eternas. Esa luz y esa salvación nos vino por Jesucristo que pudo decir y dijo de sí mismo con toda propiedad: *Yo soy la luz del mundo*.

2. En los relatos de la historia de la salvación, hay tres pasajes que narran tres grandes teofanías o manifestaciones de Dios. Las tres ocurren en un monte. En el Sinaí (Ex 19,9-10), Dios se manifiesta a Moisés; en el Horeb (I Reyes, 19, 8-18), es al profeta Elías, al que se le manifiesta; y en el monte Tabor, Dios lo hace en la transfiguración de Jesús, como hemos proclamado en el evangelio de hoy. En los tres momentos históricos, Dios habla: *ve donde el pueblo...*, le dice a Moisés; *anda, vuelve...*, le manda a Elías; *Éste es mi Hijo, el escogido, escuchadle*, oímos decir a Dios Padre en el Tabor.

Cuando Jesús llegó a lo alto de la montaña con Pedro, Juan y Santiago, aproximadamente un año antes de la Pasión, mientras estaba orando, se transfiguró ante ellos. Los tres apóstoles vieron a su Maestro con un especial resplandor: su rostro brillaba como el sol y sus vestidos eran resplandecientes como la luz. Era la luz de la divinidad que había “como atravesado” la humanidad de Cristo, y que es percibida por los discípulos. Ante un espectáculo tan sorprendente, *Pedro quería hacer tres tiendas para quedarse allí*.

Estaba plenamente feliz, gozando un anticipo del cielo. Estaba en presencia de Dios, viéndolo como era, y él hubiera querido quedarse ahí para siempre.

3. Seis días antes de este gran hecho y misterio de la vida de Jesús, les había hablado de su pasión, muerte y resurrección, pero no habían entendido nada, e intentaron apartarlo de la cruz. Jesús, especialmente a Pedro, los reprendió y, para ayudarles a aceptar su cruz, les concedió este regalo y este don. El mismo que, dentro de un año, iba a estar clavado en la cruz, como si fuera el peor de los malhechores, es el que ahora se transfigura ante ellos, como queriendo decirles que el camino para llegar a la dicha del cielo es Cristo clavado y muerto en la cruz, y resucitado al tercer día. Y lo es, porque *Éste es mi Hijo, el escogido, escuchadle.*

Los apóstoles no sólo no entendían, sino que incluso rechazaban la cruz de Jesús. También en la época de San Pablo había muchos que andaban *como enemigos de la cruz de Cristo*. El Apóstol, convertido cerca de la ciudad de Damasco, lo cuenta, *con lágrimas en los ojos*, en la segunda lectura proclamada y escuchada por todos nosotros.

4. En amplios sectores de nuestra sociedad, hedonista y placentera, se rechaza de plano la cruz, el sacrificio, el sufrimiento, y se acepta sin más todo lo que produce placer, aunque vaya en contra de los planes del creador y aunque degrade la dignidad de la propia persona o de la del prójimo. Fruto del relativismo moral reinante, se considera bueno cualquier placer, incluido el sexual, por el simple hecho de que quien lo provoca considera que es bueno. Se rechaza erróneamente cualquier norma moral objetiva.

También hoy, en estos tiempos del Año de la Misericordia, hay personas y autoridades civiles que quieren quitar o han quitado ya el crucifijo de los lugares públicos y, en concreto, de las escuelas. Los cristianos coherentes con nuestra fe sabemos que nuestra vida, y también la de la sociedad, han de estar centradas en Cristo muerto por nosotros y resucitado en la madrugada del domingo de Pascua. Por eso, además de vivir ordenadamente y llevar con amor la cruz de cada día, hemos de defender la presencia de Cristo clavado en la cruz en el corazón, en la vida, en el cuello y en las paredes de los centros públicos... Como también dice San Pablo en la segunda lectura, *somos ciudadanos del cielo*. Por alcanzarlo, y ser mucho más felices que Pedro y sus compañeros en el Tabor, vale la pena aceptar a Cristo crucificado, y llevar con paciencia y amor nuestra cruz de cada día.

5. Que la Virgen, Madre de Misericordia, nos mire con sus ojos misericordiosos y nos alcance la valentía y la fortaleza que necesitamos para llevar la cruz de cada día y para anunciar en nuestros ambientes que sólo Cristo muerto y resucitado, si nos dejamos conducir por su misericordia, es capaz de hacernos dichosos y felices del todo, en el cielo, al contemplar la luz de su rostro en el Tabor del cielo.